

EMILIO BOBADILLA

Pocas veces he sentido posarse sobre mi corazón una mano vigorosa, pretendiendo acallar sus apresurados latidos, como me sucede ahora al acabar la lectura del libro titulado "Estudio crítico-biográfico de Emilio Bobadilla, "Fray Candil", de que es autor la doctora Graziella Barinaga y Ponce de León. Cuando las páginas de un libro, aunque carezca de elementos imaginativos en su composición, vienen a ser como una serie de fotografías de personas y sucesos, en cuya trama vital aparece mezclada a ratos nuestra propia vida, la emoción que nos produce el examen retrospectivo de todo aquello en que de algún modo hemos participado en cuerpo y en espíritu, se asemeja a una melancólica exhumación de lúgubres despojos con luz que habíamos enterrado algo de nuestro ser, y entregado a la voracidad de la muerte y del olvido lo que ahora cobra de imprevisto forma y prestigio espectral de aparecido.

Ocho años viví en cordialísima relación profesional y en amistad sincera y sin paréntesis ni brusquedades afectivas, con Emilio Bobadilla, el crítico admirable que immortalizó el seudónimo de "Fray Candil". Consul de España era yo en Bayona, desde un año antes a la llegada allí de Bobadilla como Consul de Cuba, y a partir de aquellos primeros meses del año 1909 en que él tomara posesión de su cargo, fué diariamente sostenida nuestra amistad hasta que, trasladado yo a Saint-Nazaire en el trágico invierno de 1917—el invierno crudísimo que presenció los horrores de la guerra submarina en las costas bretonas y normandas,— fueran sus brazos, nada propicios para tales expansiones cordiales, los que me estrujaron, sin embargo, con mayor efusión al despedirme en la estación de Biarritz de todos mis colegas y de él, singularmente, como si presintiera que no habíamos de volver a vernos más en este mundo.

Durante esos ocho años de constante relación afectiva, que tenía su principal raíz en la similitud de aficiones literarias y acaso su mejor obra guarda y garantía en el radical contraste de caracteres, ni una sola sombra de malestar recíproco, ni de resquemor ni disparidad de pareceres que no versaran sobre cuestiones puramente objetivas—literarias y artísticas las más de las veces—enturbió una amistad que, dicho sea con la respetuosa franqueza que merece su memoria, no era fácil tarea el sostener con un hombre de humor tan desigual, casi siempre hipocondriaco, como el del esclarecido escritor cubano. Como en estos achaques de simpatía o antipatía hay un elemento psicológico que escapa a todo análisis, una especie de flúido misterioso que atrae las inteligencias y liga las voluntades, o las repele y enfrenta, no es posible razonar el hecho de que siendo Bobadilla, por su propia idiosincrasia, por larvado estigma patológico, un misántropo, la amistad que hubo de unirnos durante los ocho años de nuestra camaradería consular, protegida por la buena hada de nuestro culto fervoroso a las letras, fué siempre tersa y diáfana, sin un pliegue, ni una sombra, ni un recelo como si en ella reviviese aquella otra amistad de Montaigne y La Boetie, que hacía exclamar al insigne autor de los "Ensayos": —"Hay más allá de todo mi discurso y aun de todo cuanto yo pudiera decir particularmente, yo no sé que fuerza inexplicable y fatal, mediadora de esta unión... Es una recíproca estimación, un mutuo respeto que me enseña a mí a ser siempre sincero y le obliga a él a ser siempre veráz".

Como mi genial e inolvidable amigo Ganivet, el de "la muerte misteriosa", Consul también y maestro de toda una generación de pensadores, Bobadilla era una especie de antropoide maravilloso, perteneciente a una raza de hombres cerebrales que está aun por venir, y cuya vida sentimental, emancipada de todo vínculo nervioso y de todo reflejo medular, llegó a confundirse con la vida imaginativa, viviendo en plena anarquía y paseándose por todas las circunvoluciones cerebrales, del brazo de la loca de la casa. Tenía Bobadilla de tal manera aguzado el sentido de la crítica que, por encima de la enorme cultura libresca, desordenada y confusa que atesoraba, era su instinto el mejor faro que utilizaba en sus investigaciones y análisis de laboratorio. Esto le llevaba, sin darse cuen-



ta de ello muchas veces, a caer en la monomanía de "decir verdades", sin distinguir debidamente entre el papel del hombre sincero que está obligado a decir la verdad cuando es menester decirla, y el del hombre impertinente que suele confundir el culto a la verdad con la práctica viciosa de la indiscreción.

Uno de los escritores, en cuya psicología literaria parecía recrearse Bobadilla como si se contemplase a sí mismo en un espejo, era Stendhal. —Otro Consul, por cierto, y ¡va de Cónsules!— Como él, padecía el autor de "En la noche dormida...", la que llama la Condesa de Pardo Bazán la "dulce manía" femenil. Conste que, discreto por hábito y por temperamento, no quiero ahondar en este tema de la ginecomanía de Bobadilla, que su notable y bien documentada biografía trata con singular franqueza y lealtad histórica; y colocándome solo en el terreno literario, debo reconocer que mi inolvidable colega y amigo era lo que los franceses llaman un "homme a femmes", cosa bien distinta de lo que se da a entender cuando, en castellano, se dice de un hombre que es "mujeriego". Hay entre uno y otro concepto cierto matiz diferencial bien pronunciado, cierta "nuance", que estimo poético y sutil, y que explica la diversa situación sentimental del hombre que busca a la mujer por placer estético y cerebral y del que da rienda suelta al instinto para realizar lo que Chamfort llama el "contacto de dos epidermis".

En el fondo, los hombres que, como Bobadilla, podcen esa manía femenil, localizada en el cerebro, son fundamentalmente misóginos, y llegan a la vejez, después de una serie de degradaciones y fracasos sentimentales, en un estado de desorganización moral, de anarquía psíquica, con el sistema nervioso hecho una lástima. No podía ser Bobadilla, por predisposición patológica, ni un "viejo verde" rijoso y depravado, cuya lamentable putrefacción moral se refleja en las páginas de sus libros eróticos, ni tampoco un viejo bondadoso y excéptico, que mira cómo va cayendo la vida en el crepúsculo con una sonrisa de benignidad y comprensión. Para eso sería menester que poseyera una naturaleza sana, selecta, finamente intelectual, que compensase la desaparición de la juventud física con lo que pudiera llamarse "juventud sexual", que es la que forma esos amables viejos, adorno de los salones, encanto de la conversación, que alcanzan sobre los jóvenes, en una atmósfera facticia y ajena a las realidades del instinto, pasajeros y halagüeños triunfos.

Mucho, muchísimo más pudiera y debiera yo decir acerca de aquel buen amigo mío, de ceño adusto y avinagrado para todo el mundo, y para mí tan cordial, tan sincero, tan sin "pose" ni fingimiento en ninguno de sus aspectos extremosos. Porque tengo la firme creencia de que Bobadilla era un hombre, no triste, sino entristecido por defectuosa organización fisiológica congénita, y por las duras y amargas experiencias de la vida, y que tenía como válvula de seguridad, para que no estallase todo su organismo, la sátira escrita y padecida en sí mismo.

Libros como este, de la doctora Barinaga, tan caros a la "gourmandise" literaria francesa, son indispensables para hacer la historia de la cultura de un país y la iconografía de sus grandes pensadores y literatos. La autora de este trabajo biográfico-crítico, ha hecho una obra patriótica, realizada por su austera veracidad e imparcialidad y por su relevante mérito literario.

José G. ACUÑA.

Rec. 19/26